
LIBRO XXXII.

SUMARIO.

Prodigios anunciados en Roma.—Victoria de T. Quincio sobre Filipo.—Devastación de la frontera de Tesalia.—Combate naval de L. Quincio Flamino: sus consecuencias.—Entran los aqueos en el número de los aliados de Roma.—Descúbrese y se castiga una conjuración de esclavos.—Auméntase á diez el número de los pretores.—Sangrienta derrota de los galos insubrios.—Alianza con el tirano Nabis y los lacedemonios.—Toma de muchas plazas de Macedonia.

Los cónsules y pretores habían entrado en cargo en los idus de Marzo (1), y sortearon las provincias, tocando la Italia á L. Cornelio Lentulo, y á P. Vilio la Macedonia. En cuanto á los pretores, L. Quincio obtuvo la jurisdicción urbana; Cn. Bebio fué designado para Ariminio; L. Valerio para la Sicilia, y L. Vilio para la Cerdeña. El cónsul Lentulo recibió orden de levantar dos legiones nuevas; Vilio debía tomar las de P. Sulpicio, pero se le permitió alistar cuantos hombres necesitase para completarlas. El pretor Bebio debía

(1) El 15 de Marzo, año de Roma 554, antes de J. C. 199.

tomar el mando de las dos legiones que había tenido á sus órdenes el cónsul C. Aurelio, y conservarlas hasta que llegase Lentulo á reemplazarle con los soldados nuevos. En cuanto llegase el Cónsul á la Galia, todos los soldados licenciados debían ser enviados á sus hogares, exceptuando cinco mil aliados que quedarían en las cercanías de Ariminio, número que se consideraba suficiente para guardar la provincia. Prorrogóse el mando á los pretores del año anterior; á Cn. Sergio para que distribuyese las tierras á los soldados que por mucho tiempo habían hecho la guerra en España, Sicilia y Cerdeña; á Q. Minucio para que terminase en el Brucio (1) las investigaciones que con tanto celo é integridad había hecho durante su pretura contra los profanadores de Locros; teniendo el encargo de llevar á esta ciudad, para que recibiesen el castigo, los que había hecho trasladar á las prisiones de Roma como convictos de sacrilegio, y de vigilar por la restitución de todos los objetos robados al templo de Proserpina (2) y de ordenar las expiaciones convenientes. Por decreto de los Pontífices, se dió comienzo otra vez á las ferias latinas (3), porque habían llegado legados quejándose

(1) Habiendo sido los habitantes del Brucio los primeros que abrazaron la causa de Annibal, y no habiendo pasado hasta muy tarde al partido de los romanos, habían venido á ser objeto de desprecio para éstos. Según Aulo Gelio, por medio de una ley expresa se les obligaba á desempeñar los cargos más humillantes, y en todas ocasiones el Senado desplegó contra ellos extraordinaria severidad.

(2) Este templo de Proserpina, en Locros, era el mismo que en vano quiso saquear Pirro.

(3) Tarquino el Soberbio estableció estas fiestas para cimentar su alianza con los hérnicos, volscos y latinos. Convino entre estos pueblos que todos los años enviarían legados al monte Albano, que cesarian todas las hostilidades y se ofrecería en

ante el Senado de que no les habían entregado, según costumbre, su parte de las víctimas inmoladas en el monte Albano. Recibióse de Suesa la noticia de que el rayo había caído en dos puertas de la ciudad y la muralla que se extiende de una á otra; refirieron otros enviados que había caído el fuego del cielo en Formio y Ostia sobre el templo de Júpiter, en Veliterno sobre los de Apolo y Sanco, y que había brotado un cabello á Hércules en su templo. Desde el Brucio participó el propretor Minucio que había nacido un potro con cinco patas, y tres pollos con tres cada uno. Poco después, el procónsul P. Sulpicio escribía una carta desde Macedonia, en la que, entre otros particulares, hablaba de un laurel que había brotado en la popa de una nave larga. Con ocasión de los primeros prodigios, el Senado había decretado que el Cónsul ofrecería víctimas mayores á aquellos dioses que creyese necesario aplacar. Pero en cuanto al último, llamaron los arúspices á la curia, y por su contestación se dispuso un día de rogativas y se celebraron sacrificios en todos los altares.

En este año llevaron los cartagineses á Roma el primer dinero del tributo que les habían impuesto. Dos cuestores declararon que aquel dinero no era de buena

sacrificio común á Júpiter Lacial. Cada una de las cuarenta y tres ciudades que formaban parte de aquella confederación contribuía á los gastos de la fiesta enviando, una, leche; otra, cordeiros, etc. Cada una recibía también parte del toro inmolado á nombre de todas. Con esta institución quiso acostumar el Rey á los pueblos del Lacio á considerar á Roma como capital del país. La fiesta la presidía un senador romano.

Las ferias latinas eran anuales, sin tener días designados. El Senado y los cónsules señalaban anticipadamente la época de su celebración, y cuando se tardaba mucho en celebrarlas, el pueblo atribuía á esta negligencia todas las desgracias que ocurrían en el año.

ley, y cuando se hizo el ensayo se encontró con la cuarta parte de aleación. Los cartagineses hicieron un empréstito en Roma para suplir la falta, y en seguida pidieron al Senado la devolución de sus rehenes; accedieron á devolver ciento y se les hizo esperar la libertad de los demás, si Cartago permanecía fiel á los tratados. Entonces solicitaron, en cuanto á los rehenes detenidos, su traslación de Norba, donde se encontraban muy mal, á otro punto, y se les llevó á Signia y Ferentino. Los habitantes de Cádiz consiguieron también, á petición suya, que no les enviase prefecto, lo cual era contrario á la capitulación que firmaron con L. Marcio Septimio cuando estaban sometidos al pueblo romano. Los legados narnienses se quejaban de que el número de colonos no era suficiente, y que mezclándose á la población muchos extranjeros, se hacían pasar por colonos; y se ordenó al cónsul L. Cornelio que nombrase triunviros para examinar el asunto. Los magistrados elegidos fueron los hermanos P. y Sex. Elio, denominados Petos los dos, y C. Cornelio Lentulo. El favor concedido á los narnienses, y cuyo objeto era completar el número de los colonos, lo reclamaron los de Cosa, pero se les negó.

Después de terminar los negocios que les retenían en Roma, los Cónsules partieron para sus provincias. Al llegar P. Vilio á Macedonia, encontró amotinados los soldados; la irritación era profunda y duraba muchos días ya, por no haber atendido á comprimirla en su origen. Los amotinados eran dos mil hombres, que, después de la derrota de Aníbal, habían sido trasladados como voluntarios de África á Sicilia, y cerca de un año después á Macedonia. Estos pretendían no haber sido dueños de la elección. «Sus tribunos, decían, les

habían embarcado á pesar suyo; pero fuese voluntario ó forzado su servicio, el tiempo estaba cumplido, y era justo que las fatigas de la guerra tuvieran término. Hacía muchos años que no habían visto la Italia; habían envejecido sobre las armas en Sicilia, África y Macedonia; se encontraban extenuados por los trabajos y campañas y debilitados por sus numerosas heridas.» El Cónsul les dijo: «Que podían esperar se recibiese bien su petición de licenciamiento si la presentaban con moderación; pero que ni las razones que alegaban, ni ningunas otras, justificaban el motín. Si querían reducirse al orden y obedecer al mando, escribiría al Senado para que les licenciase, porque la sumisión era medio más seguro que el motín para conseguir lo que deseaban.»

Filipo reconcentraba entonces todos sus esfuerzos sobre Thaumacia, que tenía sitiada; había mandado construir fortificaciones y manteletes, y se preparaba á batir las murallas con el ariete; pero la repentina llegada de los etolios le obligó á desistir de su empresa. Los etolios, á las órdenes de Arquidamo, atravesaron las líneas de los macedonios, penetraron en la plaza y atacaron día y noche, con salidas continuas, los puestos y los trabajos del enemigo. La naturaleza del terreno les favorecía. Cuando se llega de las Termópilas y del golfo Maliaco por Lamia (1), vese Thaumacia sobre las alturas llamadas Cela, que dominan el desfiladero; pero cuando se pasa por los pedregosos caminos de la Tesalia, ó se siguen las revueltas de sus valles, vese de

(1) Lamia, hoy Lamina, célebre por la guerra que sostuvieron los griegos en sus inmediaciones contra los macedonios, bajo los sucesores de Alejandro, y que del paraje tomó el nombre de guerra lámica.

pronto, al acercarse á la ciudad, extenderse á su pie, como vasto mar, inmensa llanura, cuya extensión apenas pueden abarcar los ojos. Este admirable punto de vista ha valido á Thaumacia el nombre que lleva, (1). La ciudad debe su seguridad, no solamente á su altura, sino también á que la roca sobre que descansa está cortada á pico por todos lados. Estas dificultades y la seguridad de que aquella conquista, por importante que fuese, no recompensaría las fatigas y trabajos que podría costarle, decidieron á Filipo á levantar el sitio. Además, acercábase el frío cuando se alejó para llevar sus tropas á invernar en Macedonia.

Allí tuvo su ejército todo el tiempo necesario para recobrar fuerzas y valor. Pero Filipo, aprovechando la estación para descansar de tantas marchas y combates, ocupábase mucho del resultado definitivo de una guerra en la que tenía que temer no solamente á los enemigos que le estrechaban por mar y tierra, sino á sus aliados y hasta sus mismos súbditos, de los que unos podían hacerle traición con la esperanza de conseguir la amistad de Roma, y otros dejarse seducir por los atractivos de un cambio. Envió, pues, embajadores á Acaya para exigir en su nombre el juramento que los habitantes se habían obligado á prestarle anualmente, y para entregar al mismo tiempo á los aqueos Orcomena, Herea y Trifilia, y á los elcenos, Alífera. Estos últimos pretendían que esta ciudad jamás había pertenecido á la Trifilia y que se les debía devolver, porque era una de las que había designado la Asamblea general para que concurriese á la fundación de Megalópolis (2). Filipo conso-

(1) *Θαυμα*, prodigio, espectáculo asombroso.

(2) Sabido es que esta ciudad de la Arcadia, llamada actualmente Leontari ó Leondario, la fundó Epaminondas, que quiso

lidaba por medio de estas restituciones su alianza con los aqueos. En cuanto á los macedonios, se aseguró su adhesión con el castigo de Heraclides (1): viendo que los numerosos crímenes que había cometido le habían hecho objeto de la animadversión pública, mandó encarcelarle, con gran contentamiento de sus súbditos. En seguida se ocupó con más actividad que nunca de los preparativos de guerra, ejercitando en las armas á los macedonios y á las tropas mercenarias. Al comenzar la primavera hizo partir con Athenagoras todos los auxiliares extranjeros y cuantas tropas ligeras tenía para que marchasen por el Epiro á Caonia y ocupasen los desfiladeros cercanos de Antigonía, y que los griegos llaman Stena. Pocos días después, él mismo se puso en marcha con el grueso del ejército. Después de reconocer la configuración del terreno, consideró que no podía encontrar posición mejor para fortificarse que las

reunir en un centro común las fuerzas demasiado dispersas de la liga arcadiana contra los macedonios. Para conseguir este objeto, persuadió á todas las ciudades y pueblos á que enviaran á la nueva ciudad la mayor parte de sus habitantes, hacia el año 572 antes de J. C.

(1) Este Heraclides había nacido en Tarento, de familia de la última clase del pueblo. Fué expulsado de su patria por haber querido entregarla á los romanos. Poco tiempo después de refugiarse entre éstos, tramó nuevas conspiraciones con Anníbal y los tarentinos. Expulsado por segunda vez, se refugió cerca de Filipo, que le otorgó plena confianza. Polibio dice de él: «Este hombre tuvo desde su nacimiento todas las disposiciones necesarias para llegar á ser un malvado; desde su primera edad se entregó á toda clase de infamias. Altivo y terrible con sus inferiores, bajo y rastrero con los que estaban por encima de él, consiguió tal favor con el Rey de Macedonia, y le hizo cometer tales crímenes, que casi fué causa de la completa ruina de su importante reino, por descontento que causaron, tanto en Macedonia como en Grecia, sus injusticias y violencias.»

orillas del Aous, río que corre en un valle estrecho, entre dos montañas llamadas por los habitantes Eropo y Asnao, y que solamente ofrece estrecho sendero entre sus riberas. Filippo mandó á Athenagoras que se estableciese sobre el Asnao con las tropas ligeras y que se fortificase, marchando él á acampar sobre el Eropo. Colocó destacamentos poco numerosos por el lado donde se encontraban rocas á pico, defendió los puntos más accesibles por medio de fosos, trincheras y torres, é hizo colocar en los parajes convenientes considerable número de máquinas, para rechazar al enemigo con armas arrojadas. Con objeto de intimidar al enemigo y alentar á los macedonios con aquella prueba de confianza, hizo colocar su tienda delante de las fortificaciones, en la altura más visible.

Caropo el Epirota había enterado al Cónsul de la naturaleza de los desfiladeros que ocupaba el Rey con su ejército. Después de pasar el invierno en Corcyra, desembarcó en las playas del continente en los primeros días de la primavera, y marchó directamente al enemigo. Cuando llegó á unas cinco millas del campamento de Filippo, se fortificó; después, dejando las legiones, avanzó en persona con algunas tropas ligeras para reconocer el terreno. A la mañana siguiente celebró consejo para saber si, á pesar de los innumerables obstáculos y peligros que podría encontrar, convendría intentar el paso por los desfiladeros que ocupaba el enemigo, ó describir un rodeo y penetrar en Macedonia por el camino que había seguido Sulpicio el año anterior. Muchos días transcurrieron sin que se adoptase una resolución, y durante este tiempo supo que había sido nombrado cónsul T. Quinccio, que la suerte le había designado la Macedonia y que se había trasladado ya con la mayor

diligencia á Corcyra. Si se ha de creer á Valerio Ancias, Vilio entró en el desfiladero; pero obligado á dar un rodeo porque el Rey ocupaba todos los pasos, siguió los valles por donde corre el Aous, arrojó con presteza un puente sobre el río, pasó á la orilla donde acampaba el enemigo y dió la batalla. El Rey fué vencido, puesto en fuga y arrojado del campamento: doce mil macedonios perecieron en el combate, quedando prisioneros dos mil dociientos y apoderándose los romanos de ciento treinta y dos enseñas y de dociientos treinta caballos; en lo más recio de la pelea, Vilio ofreció construir un templo á Júpiter, si quedaba vencedor. Pero todos los demás autores griegos y latinos que he leído están contestes al decir que Vilio no hizo nada memorable y dejó todo el peso de la guerra á su sucesor el cónsul T. Quinccio.

Mientras ocurrían estos acontecimientos en Macedonia, el otro cónsul, L. Lentulo, que había quedado en Roma, celebró comicios para el nombramiento de censores. Presentábanse candidatos muchos varones ilustres, y se eligió á P. Cornelio Scipión el Africano y á P. Elio Peto. Perfecto acuerdo reinó entre estos dos magistrados; nombraron para los puestos vacantes del Senado sin tachar de infamia á ningún senador (1);

(1) Desde que los senadores y caballeros romanos habitaron en el delicioso clima de Sicilia; desde que el contacto de la civilización griega enseñó á los romanos nuevas necesidades y nuevos goces, el lujo y el desorden habían infestado la república. Después de la derrota de Régulo, los censores M. Valerio Mesala y P. Sempronio se vieron obligados á degradar á trece senadores y á más de cuatrocientos caballeros. En el año 304 Tito Livio presenta á los censores Livio y Nerón expulsando de su compañía á siete senadores. Tal severidad con los individuos de su orden no estaba conforme con la manera de sentir y de obrar de P. Scipión. Sabido es que mereció las reconvenciones y

arrendaron los derechos sobre las mercancías de Capua, en Puteolis y en el puerto de Castro, que actualmente es una ciudad; enviaron á este puerto trescientos colonos, número fijado por el Senado, y vendieron el territorio de Capua que se extiende al pie del monte Tifato. Por este mismo tiempo L. Manlio Acidino, que había obtenido del Senado los honores de la ovación á su regreso de España, se vió obligado, por la oposición del tribuno del pueblo P. Porcio Lacca, á entrar en la ciudad como simple ciudadano: éste llevó al Tesoro público mil doscientas libras de peso de plata y cerca de trescientas de oro (1). En el mismo año, Cn. Bebio Tamfilo, que había recibido la provincia de la Galia de C. Aurelio, cónsul el año anterior, entró temerariamente por tierra de los galos insubrios, quedó envuelto por ellos con casi todo el ejército y perdió más de seis mil seiscientos hombres: ¡y este descalabro procedía de un enemigo á quien ya no temían! Este acontecimiento obligó al cónsul L. Lentulo á salir de Roma, encontrando la provincia en la mayor confusión y los soldados consternados; dirigió fuertes censuras al Pretor y le mandó dejar la provincia y regresar á Roma. Lentulo no tuvo tiempo para distinguirse por ninguna hazaña, llamándole á la ciudad la precisión de celebrar los comicios, porque los tribunos del pueblo M. Fulvio y Manio Curio oponían obstáculos y no permitían á T. Quincio Flaminio que pretendiese el consulado al salir de la cues-

enemistad del severo Catón. También á propuesta de Scipión se arrogaron los senadores el derecho de tener asientos reservados en el teatro.

(1) Próximamente cuatrocientos cuarenta kilogramos de plata y veintidós de oro.

tura (1). «Ya se desprecia, decían, la edilidad y la pretura; los nobles, en vez de dar pruebas de su capacidad recorriendo sucesivamente todas las magistraturas, pretendían todos desde luego el consulado, saltando de esta manera las dignidades intermedias y pasando del último rango al primero.» La discusión se llevó desde el campo de Marte al Senado, decidiendo los Padres «que cuando un candidato aspiraba á un cargo que la ley le permitía obtener, el pueblo era libre para investir á quien quisiese.» Los tribunos se sometieron á esta decisión. Nombróse cónsules á Sext. Elio Peto y T. Quincio Flaminio. En seguida reunieron los comicios para la elección de pretores, y el pueblo designó á L. Cornelio Merula, M. Claudio Marcelo, M. Porcio Catón y C. Helvio, que habían sido ediles plebeyos. Estos pretores celebraron los juegos plebeyos y dieron con este motivo un banquete público en honor de Júpiter. Los ediles curules C. Valerio Flacco, flamindial, y C. Cornelio Cethego hicieron representar los juegos romanos con mucha magnificencia. Ser. y Cayo Sulpicio Galba, que eran pontífices, murieron aquel año, reemplazándoles M. Emilio Lepido y Cn. Cornelio Scipión.

Los cónsules Sext. Elio Peto y T. Quincio Flaminio, en cuanto entraron en funciones, reunieron al Senado en el Capitolio. Los Padres decidieron que los dos magistrados se repartiesen de acuerdo ó por sorteo las

(1) Desde la segunda guerra púnica, la ambición y deseo de lujo impulsaba á los patricios jóvenes á lanzarse prematuramente á la carrera de los honores, teniendo mucho que trabajar los tribunos del pueblo para oponerse á sus continuas anticipaciones ó invasiones. Por esta razón, en el año 179 antes de J. C., L. Vilio fijó por la primera ley anual la edad á que podía aspirarse á los diferentes cargos. El dictador Sila prohibió pretender la pretura antes de la cuestura, y el consulado antes de la pretura.

provincias de Macedonia y de Italia. Que el que obtuviese la Macedonia debía alistar, para completar las legiones, tres mil soldados romanos y trescientos jinetes, y entre los aliados del nombre latino, cinco mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Para el otro cónsul se decretó la formación de un ejército nuevo. Prorrógose el mando á L. Lentulo, cónsul del año anterior, recibiendo orden para no abandonar la provincia ni alejar las tropas veteranas hasta que llegase el Cónsul con las legiones nuevas. Los Cónsules adoptaron el procedimiento del sorteo, obteniendo Elio la Italia y Quincio la Macedonia. De los pretores, designóse para Roma á L. Cornelio Merula, M. Claudio para la Sicilia, M. Porcio para la Cerdeña y C. Helvio para la Galia. En seguida comenzaron las levas, teniendo orden los pretores para hacer alistamientos también por su parte además de los ejércitos consulares. Marcelo debía llevar á Sicilia cuatro mil infantes y trescientos jinetes latinos, y Catón á Cerdeña tres mil peones y doscientos caballos, elegidos entre los mismos aliados: cada uno de éstos, al llegar á su provincia, debía licenciar las tropas veteranas de infantería y caballería. Los Cónsules presentaron en seguida en el Senado á los legados del rey Atalo, quienes dijeron que su señor había ayudado siempre á la república con su flota y todas sus fuerzas de mar y tierra; que hasta aquel día había ejecutado rápida y obedientemente cuanto le habían encargado los Cónsules; pero, añadieron, temía que el rey Antioco no le permitiese ya prestar los mismos servicios á los romanos; su reino, que estaba desguarnecido de flotas y de ejércitos, había sido invadido por aquel monarca; por lo que suplicaba á los Padres conscriptos le enviasen refuerzos para proteger sus estados, si querían contar con

la cooperación de su flota en la guerra de Macedonia; si no, pedía permiso para recoger sus fuerzas de mar y tierra para defenderse.» El senado mandó contestar á los embajadores que «si el rey Atalo había puesto sus ejércitos y su flota á disposición de los generales romanos, se lo agradecían mucho. Pero no podían enviar socorros á Atalo contra Antioco, aliado y amigo del pueblo romano, como tampoco pretendían retener las fuerzas de Atalo, si sus intereses no se lo permitían. Al aceptar Roma los socorros de los aliados, les dejaba siempre el derecho de regular su empleo y fijar la época en que debía empezar y terminar el servicio de los auxiliares que se dignaban suministrarle. Pero marcharía una legación á manifestar al rey Antioco que las tropas del rey Atalo debían coadyuvar á las operaciones del ejército romano contra Filipo, su enemigo común; que Antioco haría cosa agradable, tanto al pueblo romano como al Senado, respetando los estados de Atalo y cesando en las hostilidades; porque era conveniente que dos reyes aliados y amigos del pueblo romano conservasen la paz.»

Al proceder á las levas, el cónsul T. Quincio cuidó de incluir en ellas á los soldados de valor experimentado que habían servido en España y en África. Disponíase en seguida á partir para su provincia, cuando le retuvieron en Roma el anuncio de muchos prodigios y la necesidad de expiarlos. En Veyas había caído el rayo en la vía pública; en Lanuvio, en el Foro y en el templo de Júpiter; en Ardea, en el templo de Hércules; en Capua, en el mar, las torres y el templo llamado Blanco. El cielo había aparecido inflamado en Arrecio; en Velitres se había hundido la tierra, abriéndose un abismo en un espacio de tres yugadas. Hablábase también de

un cordero con dos cabezas, nacido en la ciudad de Suesa Aurunca, y de un cerdo con cabeza humana, nacido en Sinuesa. Con ocasión de estos prodigios hubo un día de rogativas. Los Cónsules atendieron á las exigencias del culto sagrado, y cuando se hubo aplacado á los dioses, salieron para sus provincias. Elio marchó á la Galia con el pretor Helvio; le dió el ejército que le entregó L. Lentulo y que debía licenciar, y se preparó á combatir con las legiones nuevas que había llevado. Ningún hecho brillante señaló su mando. Su colega T. Quincio partió de Brindis más pronto que lo habían hecho sus antecesores, y desembarcó en Corcyra con ocho mil infantes y ochocientos caballos. De Corcyra pasó con una quinquerreme al Epiro, abordando al punto de la costa más cercano, marchando apresuradamente al campamento romano. Tomó el puesto de Vilio, esperó algunos días la llegada de las tropas que había dejado en Corcyra, y después celebró consejo para decidir si marcharía directamente al enemigo y forzaría su campamento, ó si, renunciando á intentar empresa tan peligrosa, describiría un rodeo y entraría en Macedonia por la Dassarecia y el Lycus. Esta opinión habría dominado; pero Quincio temía dejar escapar al enemigo si se separaba del mar, y perder el estío sin ningún resultado, si el Rey pensaba en refugiarse en los desiertos y los bosques, como ya lo había hecho. Decidióse, pues, á atacar á todo riesgo al enemigo, á pesar de la ventaja de su posición. Pero comprendía mejor lo que quería hacer que los medios de realizarlo.

Cuarenta días transcurrieron sin que los romanos se acercasen al enemigo que tenían delante, y esta inacción dió esperanza á Filipo de conseguir la paz por medio de los epirotas. Con este objeto celebró consejo y eligió

para negociadores al general Pausanias y al jefe de la caballería, Alejandro, quienes prepararon una entrevista del Cónsul y el Rey en las orillas del Aous, en el punto más estrecho del río. El Cónsul exigía que el Rey retirase las guarniciones de las ciudades libres; que devolviese á los pueblos, cuyos territorios y ciudades habían saqueado, los objetos que se conservasen aún, y en cuanto á los demás, pagase su valor según la tasación de los peritos. Filipo quería que se distinguiese entre las ciudades. «Comprometíase á devolver las que él había conquistado; pero no podía renunciar á la posesión hereditaria y legítima de las que le habían dejado sus antepasados. En cuanto á los Estados con quienes había sostenido guerra y que podían quejarse de algunos daños, ofreció la reparación que determinase un pueblo neutral que él eligiría.» El Cónsul contestó «que para esto no se necesitaba árbitro ni juez. ¿Podía dudarse que toda la responsabilidad recaía sobre el que había comenzado las hostilidades? Nadie había atacado á Filipo, y él había sido en todás partes el agresor.» Cuando se llegó á hablar de los Estados que recibirían la libertad, el Cónsul nombró en primer lugar la Tesalia. El Rey no pudo contener su indignación, y exclamó: «¿Qué condición más dura me impondrías si estuviese vencido, T. Quincio?» Y en seguida salió bruscamente. En el acto se habría trabado la batalla lanzando venablos, si el río no hubiese separado á los dos ejércitos. Pero á la mañana siguiente se atacaron las avanzadas, trabándose muchas peleas en una llanura cuya extensión admitía esta clase de combates; pero habiéndose replegado en seguida las huestes del Rey á las estrechas y pedregosas gargantas, arrastrados los romanos por el ardor del combate, penetraron en ellas también. Favo-

recíales la táctica, la disciplina militar y el armamento que conviene en la lucha cuerpo á cuerpo: el enemigo tenía en su favor la ventaja de la posición y el auxilio de las catapultas y máquinas establecidas sobre casi todas las rocas, como en las murallas de una ciudad. Por una y otra parte resultaron muchos heridos, contándose también algunos muertos, como en batalla regular, y poniendo la noche fin al combate.

Encontrándose así las cosas, se presentó al Cónsul un pastor que enviaba Caropo, rey de los epirotas. Dijo este pastor que «apacentaba sus ganados en los desfiladeros donde había establecido su campamento el Rey; que conocía todas las gargantas y todos los senderos de las montañas. Si querían confiarle algunos hombres, los llevaría por fácil y seguro camino á una altura que dominaba al enemigo.» Enterado de esto el Cónsul, envió á preguntar á Caropo si creía que en asunto tan grave pudiese confiar en un pastor. «Puede, contestó Caropo, pero no entregándose á merced del pastor, y permaneciendo preparado para los acontecimientos.» Quincio quería más de aquello á que se atrevía, combatiendo en su corazón la esperanza y el temor. La autoridad de Caropo venció su irresolución, y decidió intentar la probabilidad que se le ofrecía. Con objeto de alejar toda sospecha del enemigo, no cesó en los dos días siguientes de hostigarle en todos los puntos; sus soldados permanecían formados en batalla, y tropas frescas reemplazaban inmediatamente á las cansadas. En seguida eligió cuatro mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. El tribuno de los soldados que mandaba este destacamento tenía orden de avanzar con la caballería mientras pudiese; cuando los caminos fuesen impracticables para los caballos, buscaría un espacio llano donde

apostarlos, y seguir con los de á pié por donde le llevase el guía; y cuando, según la promesa del pastor, hubiese llegado encima del enemigo, emplearía el humo como señal y esperaría para lanzar el grito del combate á que el Cónsul le contestara dándole á conocer que estaba trabada la pelea. Solamente debía caminar de noche, aprovechando la luz de la luna; de día comerían y descansarían las tropas. Brillantes promesas se hicieron al guía si cumplía su palabra; pero lo entregaron encadenado al tribuno. Después de despedir así á los expedicionarios, el Cónsul redobló sus esfuerzos para desalojar á los macedonios.

Al cabo de tres días, los romanos habían llegado á la altura á que se dirigían y la ocupaban, advirtiendo al Cónsul por medio de las señales convenidas. Éste dividió sus tropas en tres cuerpos y avanzó por medio del valle con el centro del ejército; las dos alas debían atacar el campamento por derecha é izquierda. No marcharon los enemigos con menos resolución: arrastrados por belicoso ardor, salieron de sus parapetos; pero muy pronto aseguraron la ventaja á los romanos el valor, la táctica y la superioridad de las armas. Así, pues, teniendo los macedonios muchos heridos y muertos, se guarecieron en sus posiciones fortificadas por el arte y la Naturaleza; quedando entonces todo el peligro para los romanos, que habían avanzado temerariamente por parajes desfavorables y desfiladeros donde era difícil la retirada. No hubiese quedado impune su imprudencia, si los gritos que los soldados del Rey oyeron á su espalda y el ataque que comenzó en seguida no les hubiese infundido repentino terror. Unos huyeron en desorden; otros sostuvieron el combate menos por valor que por falta de salidas por donde escapar;